

De lo recóndito a lo más reconocido: "Ecuador en el Arte de Arturo Guerrero".

Diego Alejandro Jaramillo. Ph.D *

Resumen: Hablar sobre la obra pictórica de un artista se convierte un poco en una interpretación, lo cual siempre resulta presuntuoso y en ocasiones en algo que fastidia. Sin embargo, cuando hay un libro de por medio, donde se exhibe dicha colección, entonces la crítica se vuelve una guía para los menos avezados. En el caso de Arturo Guerrero, vale la pena la aproximación, pues es de alguna manera, una forma plástica de redescubrir el maravilloso y multifacético Ecuador.

Palabras clave: Arturo Guerrero, obra pictórica, Ecuador

Abstract: Talking about the pictoric work of an artist can become an interpretation, which sometimes sounds pretentious and somehow annoying. However, when there is a book that exhibits the art collection, the critique turns into a guide for the less expert. In the case of Arturo Guerrero, this approach is worthy because it is a concrete way of rediscovering the marvelous and multiphasetic Ecuador.

Keywords: Arturo Guerrero, pictoric work, Ecuador

* diegoj@uhemisferios.edu.ec
Universidad de Los Hemisferios

Un artista es ante todo un ser humano, lleno de facetas y “guiños secretos” que pierden fuerza cuando son explicados. Al fin de cuentas, dilucidar una obra es tratar de entender, desde la propia experiencia, qué sucede a través del color, la luz, el espacio, el equilibrio y tantas otras cosas. Pero cuando se explica, cuando alguien más nos cuenta lo que percibió, entonces se deja a un lado el asombro y se pasa a la vereda de los academicismos. Para vencer este problema he decidido entonces tratar de adivinar lo que hay detrás, hablar un poco a través de los vericuetos extraños y poco confiables de la crítica, con el riesgo de interferir en el sueño propio y autosuficiente que representa observar un cuadro. Por supuesto, los más prácticos pueden prescindir de mis explicaciones y solo disfrutar las bellas imágenes, pero parto del espectador comprometido, el que va más allá de la imagen y se adentra en los pequeños detalles, en la técnica, en los logros de la luz y el equilibrio de las imágenes.

Como dice William Ospina “los artistas son esa clase de gente de la que siempre decimos que nació aprendida”. Sentimos que Mozart sabía música desde siempre, que Rimbaud era un maestro de la lengua desde el origen, que Rembrandt y Miguel Ángel debían saber dibujar antes de saber hablar, pero ello no significa que no tuvieran que aprender. Cuanto más dotado es un ser humano para un lenguaje y para un arte, más arduo le será dominar ese talento hasta convertirlo en algo verdaderamente fecundo. No olvidamos la ardua disciplina a que fue sometido Mozart desde niño; las desmesuradas dosis de lectura a que se sometió Rimbaud desde su infancia y a lo largo de su adolescencia, desde la gran literatura en francés hasta los clásicos latinos; el duro trabajo que debió ser el estudio de Miguel Ángel o de Rembrandt en el taller de sus maestros. Pero si conocemos los talentos que vienen escritos en un cuerpo, sabremos también a qué disciplinas estará dispuesto a someterse, porque hay una correspondencia milagrosa entre las habilidades y la dedicación: nadie se aplica de manera abnegada y obstinada sino a aquello que lo estremece profundamente. Y esto puede decirse de todas las disciplinas, porque, en realidad, no importa cuál sea la disciplina escogida, si corresponde a una vocación, la persona terminará haciendo de ella un verdadero arte. Todo profesional comprometido y apasionado es un artista; y arte no significa aquí sólo la búsqueda de armonía y de ritmo, de belleza y refinamiento, sino de sentido profundo, de fuerza creadora, de revelación y de fecundidad (Ospina, 2011).

Es el preámbulo para este hermoso libro que recopila parte de la Obra de Arturo Guerrero Pérez, en una edición de lujo que tan erróneamente los anglosajones llaman “*coffee table book*”, refiriéndose a los libros de adorno que suelen estar sobre las mesas de centro en muchas de nuestras casas. Debo felicitar el buen trabajo de Trama Ediciones y el diseño y la diagramación impecables de Santiago Viteri Jervis y Angélica González Dyer.

Arturo nació en Aguascalientes, México, pero reside en Ecuador desde 1975. Me atrevería a decir, después de ver su obra, que es el más ecuatoriano de todos los mexicanos, y esto es crucial, pues la mejor visión de un país la tiene un extranjero que ha dejado el corazón en esa tierra, porque jamás pierde la capacidad de asombro. A propósito de esta frase, la introducción tiene un texto de Mariano Fazio (el más ecuatoriano de los argentinos) que dice: “Ante paisajes y personas nuevas es fácil dar cabida a la admiración. Más difícil, pero absolutamente necesario es no perder la capacidad de asombro frente a la vida normal, ordinaria” (Fazio, 1989).

Pero se necesitan herramientas, además del talento, para desarrollar esta capacidad de asombrarse y luego reflejar ese mismo asombro en una pintura, una escultura, una composición musical, una obra literaria o cualquier otra faceta del arte. No en vano, la dedicatoria a la madre y la referencia a su padre, médico y pintor, nos hace pensar en un ambiente propicio para haber comenzado a pintar, a explorar esa capacidad que, aunque ya estaba inmersa en la genética, necesitó de alguna manera ser encaminada y educada. ¡Qué gran responsabilidad tenemos los padres cuando los hijos tienen esta clase de talentos! La presentación, ese pequeño prólogo que tiene el libro nos da una buena referencia: “Arturo Guerrero ha podido captar más allá de sus apariencias sensibles, de la inmensidad de su naturaleza, de la riqueza barroca de sus ciudades, de la introspectiva nostálgica de sus indígenas y del fragor de sus oleajes marinos que casi escuchamos en los cuadros, el alma de un pueblo y de una tierra (...)”.

El libro tiene pinturas entre el 80 y el 2011 y se divide en 4 partes: gente, arquitectura, paisajes, fauna y flora; dentro de cada faceta se encuentran cuadros con la técnica del óleo, la acuarela, el acrílico y la plumilla. Lo curioso es que además de las fotografías aparecen textos variados que sin buscar explicar la imagen crean un contexto agradable, diferente, porque entonces el libro se puede apreciar y leer, a pesar de que los textos no tengan un eje conductor u obedezcan a determinado patrón de época o estilo. Por ejemplo, en la introducción, que está encabezada por un paisaje marino, tiene un texto de la Enciclopedia del Ecuador (Enciclopedia

del Ecuador, 2000): "El Ecuador es un país de contrastes. Su ubicación ecuatorial y la presencia en su territorio de los Andes, la Amazonía y el océano Pacífico configuran una original trama física y climática, de la cual deriva una espectacular diversidad ecológica, pluriétnica y rica en tradiciones culturales de todo orden". Este texto demarca la estructura de recopilación, el orden lógico que se ha escogido para ubicar las obras y que tiene su origen en ese Ecuador fantástico y lleno de contrastes del que han hablado tantos autores.

Así que comencemos con la primera parte dedicada a la Gente, donde el fragmento de *Carta a Lizardo*¹ nos sugiere la naturaleza transitoria del ser humano: "Todo clama !Oh, Lizardo! Que quien nace una vez dos veces muera". ¿por qué el texto? ¿Quién queda plasmado en una pintura no muere jamás? ¿O al ser una forma tan vana de eternizarse, será morir dos veces? Este es el tipo de guiños que nos dan los fragmentos literarios, si es que quieren profundizar y adentrarse en este divertimento. Pero también están las imágenes. La sección es abierta por una acuarela llamada "Morenito", un niño afro ecuatoriano con una inocencia tan profunda en los ojos que contrasta durante con la madurez del gesto en los labios, no puedo evitar usar la frase del pasillo, "con el alma en los labios". Discrepo con quienes dicen que Arturo Guerrero es realista, al menos solamente. Su técnica muestra un deseo de experimentar, pues se recrea por diversos ismos de la vanguardia, con desparpajo y a gusto. La acuarela "Niña Cosiendo", me recuerda mucho a la búsqueda de transparencia y las sombras de Monet en incluso de Renoir, donde la figura humana es el único propósito y cualquier otro detalle se evita para que no les quite protagonismo a los personajes.

En cambio "Niña en la playa" y "Vendiendo papaya" también acuarelas, reflejan la técnica de la obra posmodernista "Niños en la playa" (Sorolla) cuando la ola que tan solo segundos antes se acaba de ir, deja sobre el espejo de la arena el reflejo tenue de las figuras que retozan alegres.

Sobresalen también una serie de retratos, y con esto me refiero a personas que miran de frente al espectador, sin realizar otra acción que la de posar para el artista. El tema de la maternidad es recurrente y hay una coincidencia curiosa que probablemente sea una casualidad o una de las búsquedas inconscientes que tenemos los artistas. Exceptuando una acuarela de

¹ Aguirre, Juan Bautista. "Carta a Lizardo".

1980 llamada “Maternidad”, los hijos interactúan con las madres. Miran algo que está fuera del marco, se dedican a un asunto particular que solo ellos conocen, o se percibe una especie de susurro cómplice como en el óleo “Maternidad” del 2004. Mi preferido es “Abuela y nieto”, una acuarela de 1989, donde un pequeño afro ecuatoriano mira con picardía a la abuela, que a su vez le devuelve la mirada con un gesto compinche, que le perdona alguna travesura. Esto es otra cualidad del artista Guerrero: una capacidad impresionante para dilucidar el momento en ese mágico misterio de los gestos imperceptibles.

Volvamos a la excepción de la serie Maternidad. No es una mujer que pertenezca a ninguna etnia, como los anteriores, se podría decir incluso que es atemporal y su belleza sobresale tanto como la distracción de la niña que tiene la mirada perdida, mientras se recuesta en un costado de la mujer. La madre amamanta al pequeño de brazos, en un gesto totalmente natural. Están sentadas en lo que parece una esquina o un portal y a pesar de que no hay fondo, la imagen está muy iluminada. Es obvio que se trata de luz natural.

Aparecen indígenas de diferentes etnias, algunos con los hijos en la espalda, otros trabajando; los mercados, tan nuestros, tan andinos, con una infinidad de granos de colores extendidos en el piso; las paredes desconchadas que dejan entrever el bahareque, dibujando la cotidianidad de los poblados de la Sierra, los contrastes propios de las ciudades de esta región ecuatoriana, como la “Recolectora de Ambato” (acuarela, 1999), que revela las dos pasiones de Arturo Guerrero: la pintura y la arquitectura.

También rompen la secuencia un par óleos con gente mayor en los parques, esos personajes que según la sal quiteña “se dedican a la banca y al comercio”: se sientan en una banca todo el día a leer El Comercio. Un hombre “Sin trabajo”, un “Mendigo” y un “Borrachín” complementan la serie de personajes desprevenidos que quedan inmortalizados por el pincel de Arturo. Cierran la colección un “Tsáchila”, un “Cofán” y una familia, probablemente de nacionalidad Shuar, que en medio de un río del Oriente reman en una panga típica.

En este capítulo sobresalen las “Vendedoras de sombreros” (óleo, 1980) –que adorna la sala principal del IDE de Quito– y los “Chagras bebiendo” (óleo, 1996). Son cuadros de gran tamaño, que tienen una particularidad: el fondo es cubismo puro y las cuadrículas pasan sobre los personajes, pero de manera sutil, otro atrevimiento del artista; además de este detalle que pasa sobre todo el cuadro, las figuras son totalmente realistas.

Por supuesto, podemos quedarnos en los cuadros y en los textos, en sus coincidencias, en detalles insignificantes o significativos, como letreros de la calle, provoca quedarse en ellos, quizás porque la figura humana me apasiona, pero debemos seguir.

La segunda colección es Arquitectura, y les explico por qué es la parte del análisis que más tiempo me ha tomado. No basta con pintar bien, no basta con tener habilidad; para pintar cuadros en un entorno ciudadano se necesita un inusual dominio de la técnica que no todos tienen, y se nota que esta mezcla entre arquitectura y pintura es uno de los aspectos que más le gusta a Arturo Guerrero, seguramente porque une sus dos pasiones.

El primer fragmento literario también es de Juan Bautista Aguirre, "Décimas a Guayaquil", que acompaña una postal del "Estero salado, Guayaquil (acuarela, 2010)", con un reflejo diáfano del cielo, un cuadro que se puede ver al derecho o al revés sin que haya gran diferencia.

Luego una serie de estampas del Centro Histórico de Quito, precedidos por un detallado cuadro del interior de la Compañía; tres visiones del Panecillo desde distintos ángulos, los dos primeros entre la bruma, esa imagen de las mañanas quiteñas cuando desde la altura se ven los picos de las montañas por encima de las nubes; y una acuarela que detalla el blanco de la ciudad, con una hermosa descripción de Joaquín Martínez Amador.

Me encanta el "Portón del Convento de las Conceptas de Cuenca" (óleo, 2000) y asombra el hiperrealismo de la catedral de la misma ciudad². No solo es magistral, es impresionante. Hablando de hiperrealismo –corriente artística, especialmente pictórica, que surgió a finales de la década de 1960 y que se basa en la reproducción fiel, casi fotográfica, de la realidad–, aparece la acuarela "Plaza de la iglesia y convento de San Francisco, Quito" (acuarela, 2000), en un momento lleno de paisanos, transeúntes, animales y algunos ventorrillos, que hace pensar en un día domingo después de Misa. Debo decirles que la acuarela es una técnica difícil para el detalle y aun así aparecen más de un centenar de personas, además de la perfección de las líneas arquitectónicas de la catedral.

² Cfr. Catedral de Cuenca (Óleo, 2000)

El urbanismo también tiene cabida. Hay que tener claro que la arquitectura y el urbanismo son dos disciplinas apreciablemente diferentes. No es lo mismo proyectar una de las múltiples piezas que forman la ciudad, que pensar en la organización de la ciudad entera. En efecto, la primera enfoca el hecho urbano desde la visión parcial de las unidades arquitectónicas que, por millares, constituyen las grandes ciudades, una consideración que a veces no tiene en cuenta su relación con el contexto urbano. La arquitectura es una de las cinco bellas artes junto con la pintura, la escultura, la música y la literatura. Está compuesta de edificios (el material físico de la construcción) y personas (en el espacio interior). Sus límites son las fachadas (Casas, 2016). Dentro de este contexto sobresalen “Plaza San Marcos” un óleo del año 2000. El trazo rápido de los árboles y el fondo del callejón, contrasta con la pureza del caserón que ocupa el centro del cuadro y la iglesia que equilibra la imagen. Equilibrio, otra palabra que debo usar en la obra de este libro y que nos va dando respuestas para dilucidar al autor. Retomemos el inicio: está claro que su estilo no es totalmente realista, pero atando cabos, su formación es clásica.

Siguen una serie de portales y haciendas en medio del paisaje serrano, con ese cielo azul intenso que solo se puede encontrar a más de 2.800 metros de altura. Esta serie de portones, ventanas derruidas, escalinatas interminables y callejones estrechos, solo es interrumpida por dos cuadros que marcan una especie de antes y después de la arquitectura ecuatoriana. Un óleo de una indígena con el hijo en la espalda, caminando junto a una pared en Ingapirca³; la mujer va en movimiento, camina hacia el futuro, la arquitectura incaica no muestra rastros del paso del tiempo, las piedras incólumes, el medio del cuadro lo ocupa un portete de estilo cuzqueño, del tipo arquitectónico *Pirqa*, que traduce rústico, y obviamente pertenece a la Fase incaica Imperial o de la Expansión. El después es un detallado cuadro del “Quito moderno” (acuarela, 2000) con sus edificios blancos y rojos, y una avenida con las líneas discontinuas que revelan la existencia de vehículos. Un detalle de la modernidad que limita el vacío con los edificios de la González Suárez al fondo y un fragmento del Parque Metropolitano que ayuda a romper con la monotonía del color. ¿Acaso la avenida, ese después, no represente el chaquiñán que recorre la indígena en Ingapirca? Son solo elucubraciones.

Siguen una serie de plumillas, algunas con esencia de café –el café da un sepia único pues el color no es uniforme, sino que la esencia va desprendiendo tonalidades–; aparecen dibujos de la “Basílica del Voto Nacional” y otras estampas de Quito muy bien logradas y fáciles de

³ Fortaleza incaica ubicada en Cañar, Ecuador.

identificar, para cerrar la serie de imágenes de la Sierra y comenzar con un impresionante óleo "Catedral de Guayaquil y monumento a Bolívar" (óleo, 2000), desde la óptica del Parque Seminario y con la estatua ecuestre del Libertador en primer plano.

Sigue un óleo con una vista aérea del Malecón –"Guayaquil y el río Guayas" (óleo, 2010) –, que da una sensación de futurismo, a pesar de que la ciudad es identificable por completo, con el Edificio de la Previsora en un costado, la Universidad y demás edificaciones tan comunes para el paso diario del guayaquileño. Estuve analizando el cuadro largo tiempo, solo para determinar por qué de golpe se me vino a la cabeza el término futurismo. El diseño del Malecón, claro, moderno, elegante, simplista; pero también fue el color, sin sombras, sin muchas variaciones, plano, además del río. Sin embargo, no es una árida combinación de practicidad y utilidad, sino que sigue siendo arte, es decir, síntesis y expresión; las líneas oblicuas y las líneas elípticas son dinámicas, por su propia naturaleza poseen un poder expresivo mil veces superior al de las líneas horizontales y perpendiculares (Rico, 2008).

La Torre del Reloj (óleo, 2000), su esbeltez morisca sobre un fondo rojo parece surrealista, pero quienes hemos tenido la fortuna de vivir en Guayaquil sabemos que esos atardeceres no solo son posibles, sino comunes en cierta época, cuando el sol da esos visos de terciopelo naranja que los antepasados llamaban "el sol de los venados".

Después de un par de semblanzas: "Puente del lago de Capeira" (acuarela, 2000), por el que muchos de los aquí presentes hemos cruzado innumerables veces y una vetusta casa de Las Peñas que deja entrever su esqueleto de caña carcomido por el paso del tiempo, cierran la sección una serie de plumillas dedicadas a la Costa; las primeras de monumentos: el Hemiciclo, una de las esculturas de la Plaza de la Independencia y la columna del mismo parque; para pasar a edificios emblemáticos como el Palacio Municipal y la Plaza de San Francisco, entre otros.

La tercera colección es dedicada a los paisajes. Esta vez comienza con un fragmento de "Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente" de Alejandro Humboldt y Aimé Bonpland. El primer óleo se llama "El corazón" (2000), al fondo aparece el pico que lleva este nombre y del que tantas veces leímos en los escritos de Monseñor Larrea. Podría afirmar que el cuadro pertenece al Fauvismo, estilo que buscaba colores que se destacaran por su vibrante tono y que contrastaran entre sí, además de representar formas que en ocasiones perdían su estilo

figurativo y que rara vez eran coloreadas con las tonalidades observadas en la naturaleza (Stangos, 2009). Sin embargo, las planicies de nuestros campos presentan esa infinidad cromática, en pequeñas cuadrículas que asemejan una colcha de retazos y cuyos paisajes parecen sacados de ilustraciones infantiles. Ya lo dijo Jorge Luis Borges: la fantasía jamás superará a la realidad.

Los paisajes varían en estilos, pero en la parte de la Sierra prevalece la vanguardia. De belleza indescriptible, como lo es el paisaje ecuatoriano, aparecen diferentes tendencias, como el “Volcán” (óleo, 1999), donde el humo y la lava se confunden en tonalidades de variedades muy tenues, muy similar a al cuadro de Turner “Lluvia, vapor y velocidad”, que tanta polémica desató en el siglo XIX; “Atardecer en el lago” (óleo, 2002), “Montañas y lago” (óleo, 2013) y “A las faldas del Cotopaxi” (acrílico, 2014) de un postimpresionismo puro y atrevido; fauvismo en “Camino al pueblo” y “Río Tomebamba” (óleo, 2000); y una acuarela en especial, “Junto al río” (acuarela, 2004) donde la textura del papel (pintado al reverso) da un increíble efecto.

“Atardecer costeño” (óleo, 2007) da comienzo a la Costa. Sobresalen las olas, el agua en movimiento, el poder del mar; mirando los cuadros de manera reposada se puede oír el fragor de la espuma, el crepitar de las rocas, o como dice el fragmento del poema de Rafael Carvajal que acompaña al cuadro “Lava, vapor y mar en Galápagos” (¿otro guiño a Turner?): “El horrible estampido que cruza el firmamento, cuando iracunda viene la negra tempestad, y el ronco bramido con que rasga el viento me anuncian con su estruendo tu regia majestad”. Me quedo con el óleo “Contraluz” (óleo, 2010), qué espectáculo, el río, la selva al fondo, y el reflejo del sol en el agua, en un alucinante atardecer hiperrealista, no me canso de verlo, me costó pasar la página. Luego cascadas, riachuelos empedrados, bosques tropicales húmedos y el verde, el siempre verde infinito de la selva americana.

Cierra el libro la colección “Flora y Fauna”, con otro Fragmento de Mariano Fazio y del mismo libro, “Recuerdos del reino de la luz”, donde describe su fascinación por este país y sus maravillas, y parece que estuviera siguiendo la pintura de Arturo Guerrero, que también se fascinó con los papagayos, las orquídeas, los jaguares y las demás especies que se negaron a ser expulsadas de este paraíso: “Todo es verde y humedad. A veces se descubre una orquídea seductora entre el tupido tapiz vegetal. A pocos kilómetros se abre la inmensa hoya amazónica. En las selvas habitan indios altivos, que conservan sus tradiciones y costumbres. Los tucanes de picos surrealistas, saltan de rama en rama. El tigrillo acecha en la oscuridad, y los monos se descuelgan de los árboles”.

También aquí hay diferentes técnicas, juegos pictóricos con la compinchería del pincel y la paleta, hasta que llegan los caballos, palabras mayores, anatomía pura, briosos, elegantes, libres, altivos como el fragmento del poema de Bodero "me dijo que escriba cual galope esquizofrénico, como si la muerte estuviera mordéndote los talones" así se debe sentir pintar caballos desbocados. Toros, piqueros, gansos, spondylus, por supuesto iguanas, y flores, en todo su esplendor.

Da tristeza terminar, queda un vacío, el último escenario es Galápagos, la lejanía del continente equivale a la última página, a un desencuentro con los auspiciantes, sin los que esto no hubiera sido posible: lugar común, pero real.

Un libro hermoso, un "coffee table book", de acuerdo, pero para mirar detenidamente, con un café en la mano, deteniéndose en los versos, adivinando los detalles, disfrutando la línea, el trazo, la delicia de la hábil pincelada.

Referencias

Casas, J. O. (28 de Abril de 2016). Arquitectura y Urbanismo. *La relación entre dos profesiones*, pág. 1.

Enciclopedia del Ecuador. (2000). Guayaquil: Editorial Océano.

Fazio, M. (1989). *Recuerdos del reino de la luz*. Guayaquil: Ecuatoriana Gráfica.

Ospina, W. (13 de Noviembre de 2011). Los artistas son esa clase de gente de la que siempre decimos que nació aprendida. *Educación*, pág. 7.

Rico, L. (25 de Julio de 2008). *Arquitectura Futurista*. Obtenido de <http://arquitecturafuturista.blogspot.com/>

Sorolla, J. (s.f.). *Niños en la playa*. Museo del Prado, Madrid.

Stangos, N. (2009). *Concepts of Modern Art, from Fauvism to Postmodernism*. London: Thames and Hudson.